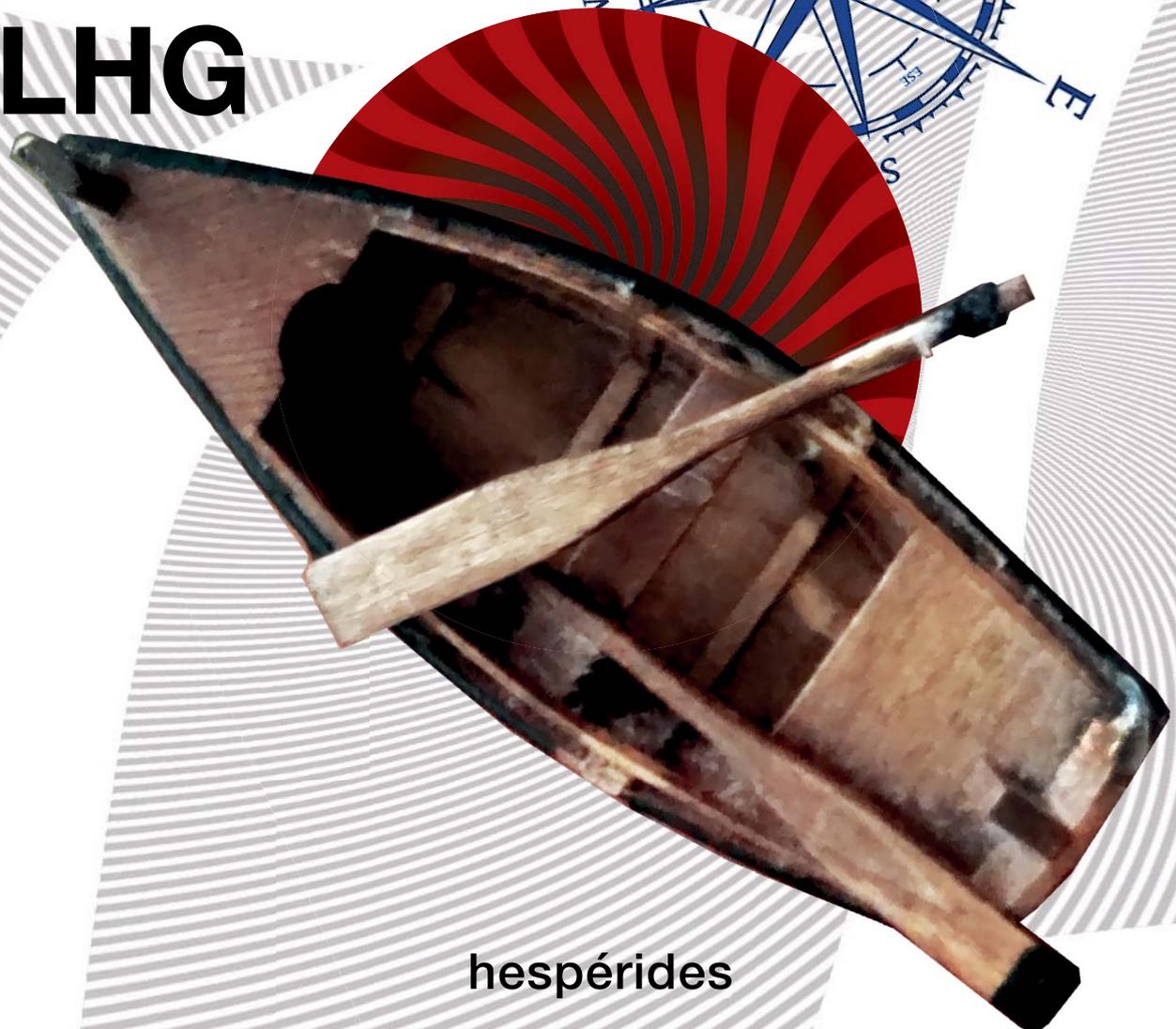


José Joaquín Bermúdez Olivares

Función de pérdida



LHG



hespérides

Función de pérdida

COLECCIÓN
Las Hespérides

JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ OLIVARES

Función de pérdida

Relatos



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2022

© De los textos: José Joaquín Bermúdez Olivares

Madrid, septiembre 2022

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-20-7

D. L.: M-19198-2022

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/ *Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

Función de pérdida (Taguchi)

La función de pérdida de la calidad, definida en la segunda mitad del siglo XX por el ingeniero japonés Taguchi, expresa de forma numérica la «pérdida de calidad» en todo proyecto, producto o servicio, con respecto a su nivel de calidad óptimo.

Entonces todos quedaron desmenuzados, todos a la vez, el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro; quedaron como el tamo...

Daniel 2, 35

Pienso como un genio, escribo como un autor notable y hablo como un niño.

V. Nabokov

Tamo. Relato

Tamo: De or. Inc.

polvo que se desprende del cereal cuando se trilla
pelusa que se desprende del lino, del algodón o de la lana (D. L. E.)

Tamo, *ti amo*, te amo..., el etimólogo loco, incapaz de ir al grano, de trigo por ejemplo. Suene la música, *Promenade*, de los «Cuadros para una exposición» de Mussorgsky, orquestada por Ravel. Una exposición de Hartmann (tal vez de la acreditada firma H&R a la que alguna vez dediqué un poema). Un paseo por un museo —disculpen la cacofonía, pongan visita al museo, si quieren, pero ya estaba cogido— de provincias, un museo del tiempo, con salida a improbables callejones helados, perspectiva Nevski. Si ya lo hizo el maestro, ¿para qué insistir? Puede que merezca la pena un enfoque literalmente opuesto, de mínimos, de leves huellas en la nieve, de lo infinitesimal, del signo tipográfico más pequeño, de lo que a nadie importa, de lo que solo alguien como yo querría ocuparse, del tamo, de la pelusa en el sillón añoso, del paseo ocioso por los pasillos de las salas alhajadas, man-nam-ta-ra-ran-tan tan...

Lecturas sugeridas: La feria de Sorochinetz (N. Gógol)

La muerte de Ivan Ilich (L. Tólstoi)

Spring in Fialta (V. Nabokov)

El silencio del patinador (J. M. de Prada)

Y el solsticio de invierno al caer, ligero como algodón de azúcar ¿saben cuál es este mes el material menos denso del mundo? ¿el aerografito, el aerografeno, o lo han cambiado Ya?

Y en este sillón del tiempo —*sillón* es surco en francés—, algo mucho más humilde que la magdalena de Proust: la pelusilla que, al introducir la mano entre el brazo y los soportes del asiento, aparece pegada en mis dedos, blanquecina como el polvo de guardarropía en las películas de griales y cuevas olvidadas de antiguas civilizaciones. Algún céntimo, también, la grapa abierta, cadáver, de algún olvidado periódico en huecograbado, los exoesqueletos de ácaros soñados por algún narrador rumano...

Y yo era un joven lector, con eones de tiempo —una vez acabado el curso— por delante, y un libro de Baroja entre las manos; y la luz entraba a través de las lamas de la persiana (*Dalai lama, Dalai lama*, era una luz budista), lamas que eran amarillas y aumentaban la cremosidad (cursiva) meliflua del efecto. Un fino polvillo danzaba en esa luz tamizada que caía sobre la página que narraba las aventuras de Paradox, y sus inventos y sus mixtificaciones; un polvillo hermano, o tal vez predecesor, del anterior: *ashes to ashes, dust to dust*. No es que recuerde el número de la página, como sí recuerdo que otra tarde cercana pero distinta, en el piélago de días intercambiables de la juventud pre-Internet, había dejado la lectura de *La isla del tesoro* en la 86, por falta de luz, en la primera lectura, fascinado por Billy Bones, Perrito Negro y el ciego Pew, más que por el blandito Jim Hawkins (que, además, debía de tener mi edad), lectura que hacía apoyado contra las teselas negroverdosas de una columna mosaica en la terraza de un tercer piso [si eso les vale para calcular la declinación del sol]. Tampoco es que el efecto luminoso me hiciese entonces descubrir a Newton y sus anillos de color, ni el dicroísmo circular o las rendijas de Helmholtz, no, seguramente tampoco el descubrimiento de aquella tarde hubiese podido formularlo

en palabras como estas: «que había un mundo en el libro y otro conmigo leyendo el libro, y aun otro exterior, y que no solo mi mundo leyendo era más rico que los otros dos, sino que era un mundo permanente, que nunca me abandonaría, puesto que no dependía del libro que estaba leyendo sino de la auto-consciencia provocada por la lectura».

Pero el tacto es un poderoso rival de la memoria, y casi puedo notar ahora (sentado en un sillón muy distinto y a unos dos kilómetros y cuarenta y dos años de distancia), el relieve rugoso del cojín sobre el que descansaba una mano hasta tener que pasar la página, y el liso del reposabrazos, y sé que uno tenía colores burdeos y oro —como la encuadernación de la isla del tesoro—, y el otro era cremoso, como la luz tamizada.

Y el mismo tacto hubiera perturbado el sueño postprandial del hombre (¿era su padre?) acostado en un sofá con el que mi sillón formaba el famoso tresillo de los hogares burgueses de aquella década, pero una fuerte sábana dispuesta estratégicamente sobre asientos y respaldo lo impedía. Un interiorista —seguramente el mismo que había aconsejado la *librería* que acompañaba al tresillo— sabría decir si aquello era capitoné: acolchado de manera que el relleno sujeto con botones forma dibujos regulares de relieve (dicho especialmente de un asiento o respaldo) o falso Chesterfield (Derbyshire). Aquel condado tan famoso en los libros de Jane Austen, que por aquel entonces yo no había leído y que tardaría bastante en apreciar.

Y puede que fuera esa tarde, o un hiato en las historias de don Pío «las aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox», lo que me había hecho levantar la cabeza para mirar a aquel durmiente (era en realidad un poco tarde para la siesta, incluso en las largas tardes de junio). Pero aunque ya no leía, tampoco me hallaba en el mundo de los fenómenos, mi aire no

era el mismo que respiraba el otro, ni mi espacio el ocupado por los muebles del salón, ni mi tiempo 1976, yo no era yo todavía, ni la vida me había alcanzado, ni me preguntaba si el mundo de sueños del hombre dormido tenía algo que ver con el mundo de la lectura, si dormir era partir un poco y morir partir un poco demasiado.

Aquel mundo que en otoño me despertaba con escasa luz —tan distinta, empero, de la tamizada en la tarde vacacional—, y me recibía con agua escasamente caliente... a los tibios arrojaré de mi boca..., y un desayuno de leche desnatada y pan tostado con tendencia a la acrilamida, tóxico que hacía buenas migas [si es que captan el chiste entre la tostada y las migas] con los variados que me aguardaban al salir al exterior: dióxido de carbono, óxidos nitrosos y sulfuroso, algún metal pesado que otro, la melodía de la vida en una ciudad que había pasado por el incendio de su refinería y el naufragio mortal de su velada marítima en pocos años.

Entre desayuno y polución tenía diez minutos para leer, y leía poco a poco las obras completas de Pirandello, premio Nobel cuatro décadas antes: la señora Morli, dos en una, ¡piénsalo bien, Giacomino!, el hombre, la bestia y la virtud (tal vez algo subida de tono para mi edad), la vida que te di, cuando se es alguien («sombra quien a ti se acerca, sombra quien de ti se aleja»). ¿Soy ahora alguien o me quedé allí con la leche y el libro?, aquellos libros azules con papel biblia y cantos dorados los había comprado el mismo hombre que roncaba en el sofá, el mismo que había leído *Contrapunto* por ganar una apuesta y que había empleado sus primeros diez duros de sueldo en comprar una enciclopedia universal en un solo tomo. Y estaba también el sonido, claro, sonido de magnetofón de bobina abierta ¿*Sony*, *Pioneer*? que reproducía algún movimiento de Mozart o alguna versión roman-

tizada de J. S. Bach, sonido del disco sorpresa de Fundador, del *Yellow Submarine* de los Beatles o el cartagenera morena de los 3 sudamericanos. Un sonido que infundía estupor cuando, obligado a grabar su propia voz, era reproducida luego la cinta *ad nauseam*, mostrando —si es que el sonido se puede mostrar—, a un desconocido tartamudo y gangoso, en el proceso de enjuague bucal posterior al lavado de dientes. Pero si ese sonido debiera reproducir, digamos *La gran puerta de Kiev*, entonces nos llevaría sin duda a la puerta del Arsenal, con su reloj de 1866 sobre la torre diseñada por Tallerie; puerta por la que el hombre dormido ¡y armado!, debía entrar para realizar su inconcebible trabajo. Un reloj que debía ser visible para todos los operarios, cuya jornada dependía de su exactitud, y que marcaba el ritmo de media ciudad, siendo el resto dependiente del «cañonazo» de las 12 y el pito de la una que regía los destinos de los civiles de la Bazán..., marqués del Viso porque pudo y porque quiso.

¿Y el gusto?, el gusto era responsabilidad de la misma persona que, pese a sus denodados esfuerzos con la limpieza, no conseguía eliminar ese ligero tamo que nos inspira (primores de lo vulgar), más imaginativa que el ama de llaves del hidalgo, disponía de un repertorio de quince o veinte recetas, desde los sencillos huevos con patatas y guisantes al pollo en salsa de los domingos. Y el tiempo a merced de los sentidos, eterno retorno, carrusel de feria, volviendo como el tema B del primer tiempo de una sonata, el tiempo que no es nada frente a tu vestidito blanco. Contemos. Promenade.